

Fraga Iribarne: Entre la asociación y el club político

CUANDO hace pocos meses estallaron las primeras ruidosas andanadas de la batalla asociacionista, todas las circunstancias aparentes señalaban a nuestro hombre en Londres como uno de los protagonistas mayores del juego. Y hubo, naturalmente, una saludable división de opiniones sobre la vocación participante de don Manuel. Como en pocas ocasiones, el ejercicio del contraste de pareceres alcanzó cotas de consumada dialéctica. Unos llegaron a decir que una coalición del ex ministro con hombres como Silva y Arelliza era lo que necesitaba el pueblo español; otros escribieron que la "salida Fraga" podría ser incluso un retroceso. El caso fue que el señor Fraga Iribarne, con sueños previos de centro político en matrimonio con una social-democracia reformista (nomenclatura nada fácil de digerir), viajó de la capital británica a Madrid, el pasado día 14 de febrero, con los mejores ánimos. Horas después, don Manuel se reunió, en sesión de trabajo, con sus colaboradores íntimos para hablar del futuro común. Aquella jornada —y por última vez— casi todos los periódicos profetizaron que, superadas dificultades y allanadas incomprendiones, Fraga iba a asociarse. El desenlace no habrá sido olvidado. Tan descorazonador fue, que muchos temieron un fatal destino para las fórmulas asociacionistas propugnadas por el Gobierno Arias.



Han pasado tres meses y las dudas de don Manuel ya se han despejado. Todo indica que su compromiso con el Estatuto de Asociación Política parece más remoto que nunca. A los ojos de buen número de españoles (los moderados que son y serán), esta ausencia del señor Fraga Iribarne es casi un drama, porque, a fin de cuentas —dicen—, el embajador no es un apóstol de la revolución, aunque haya hecho suyos, como aspiración (base mínima para marchar hacia adelante), algunos tabúes de antaño: reforma constitucional, sufragio universal, sindicatos más europeos, etc. ¿Cómo explicar a esos españoles las razones que han impulsado al embajador y a sus amigos a no pasarse por las oficinas del Consejo Nacional? La más reciente escapada de don Manuel a Barcelona y Madrid, la semana última, constituye un buen indicador de su actitud. Durante su corta estancia en la Ciudad Condal dispuso de tiempo bastante para exteriorizar su pesimismo y mostrarse, en efecto, muy preocupado por el momento actual. Eso sí: en el curso de la presentación de su libro "Las leyes", el señor Fraga preconizó el retorno a una normativa que proporcione un mínimo de estabilidad y un máximo de justicia y de oportunidades para todos, en base a tres condiciones: reforma política, entendimiento social y elegancia jurídica. Dicen que ahora el señor embajador está decidido a promocionar un club político. No se trata de responder a nostalgias asociacionistas con soluciones más o menos airoas, porque don Manuel —según opinión generalizada a ciertos niveles— es hombre políticamente joven y, por tanto, con futuro. ¿Será entonces que nuestro embajador en Londres, como el excursionista sorprendido por la lluvia, busca un cobijo (claro que incómodo y estrecho) hasta que amaine la tormenta?

3 de mayo de 1975